

contrario, que la jóven no habia perdido su trabajo, y que quedaba todavía alguna esperanza.

VI.

Se sabe bastante bien cómo nace el amor; mas se ignora completamente cómo nace la simpatía. Es casi imposible descubrir de qué manera se forman los hilos delicados y complejos que acercan de pronto dos corazones y dos almas en ese bizarro sentimiento. Aunque las gracias femeniles no son un obstáculo para su desarrollo, tampoco son indispensables, puesto que la simpatía se encuentra á menudo entre personas del mismo sexo, y no se asusta de los cabellos blancos. Esta súbita armonía que se establece entre dos seres casi desconocidos uno á otro; esta vivacidad de impresiones mutuamente transmitidas; esta inteligencia mutua en las miradas; esta

facilidad de expansion y esta necesidad de confidencia, encuentran sin duda su origen en alguna secreta é íntima conformidad de ideas, de gustos, de cualidades ó de defectos que nos es imposible precisar. Se habrá comprendido ya que Santiago de Lerne experimentaba por Juana de Marescamp ese sentimiento indefinible, y que Juana no estaba muy léjos de compartirlo despues de aquella conversacion confidencial. Aunque separados en apariencia por abismos, el libertino hastiado y la jóven sin mancha se entendian ya á medias palabras. Á pesar de tantas diferencias como habia entre ellos, sentíanse un fondo comun que los disponia á las mismas impresiones, á los mismos juicios, á las mismas pruebas en la vida, á las mismas alegrías y á los mismos dolores.

Esos encuentros simpáticos son muy frecuentes en la vida mundana; pero en la movilidad y dilatada extension de las relaciones parisienses duran no más que el espacio de una comida ó de una *soirée*.

Nace la complacencia, se llega aún á la exaltacion, se confian mutuamente los secretos, se llega casi hasta el amor, y despues no vuelven á verse las personas hasta el año siguiente. Entre Mme. de Maurescamp y Santiago de Lerne no podia suceder así; concurrían á los mismos salones, vivían en la misma sociedad, y de consiguiente, estaban destinados á continuar muy pronto la conversacion interrumpida.

Monsieur de Lerne, por otra parte, despues de pensar en ello dos ó tres dias, se dijo que debia una visita á Mme. de Maurescamp. ¿Por qué queria ella casarle? ¿qué significaba ese misterio? De todas maneras, era una muestra de interes personal que requería alguna atencion de su parte.

Dirigióse, pues, una tarde á su casa á eso de las cinco.

Allí encontró á M. de Monthelin instalado cerca del fuego. Monsieur de Monthelin, á quien ya desagradaba bastante la presencia de *Toby*, se exasperó tanto con la de M. de Lerne, que perdió enteramen-

te su moderacion ordinaria. Contra todas las conveniencias, empeñóse en prolongar indefinidamente su visita, hasta el punto que Santiago de Lerne tomó el partido de retirarse primero, sin embargo de haber llegado el último. Monsieur de Monthelin no ganó mucho con esto, y la excesiva frialdad que le demostró Juana despues de la partida de Santiago le hizo comprender que habia cometido una torpeza. Para remediarla se apresuró, cosa muy frecuente en el mundo, á cometer otra.

—¿Paréceme que no os ha gustado mucho — dijo sonriendo — que yo no haya cedido el puesto á M. de Lerne?

—Es muy cierto — dijo ella. — Vos habiais llegado ántes que él, y permanecer aquí despues que él se retiró es daros un aire de amo de casa al cual no teneis ningun derecho, que yo sepa al ménos.

—Teneis mucha razon — contestó M. de Monthelin; — os pido mil perdones; pero ya sabeis que el sentimiento no razona.

—Hace mal — contestó la jóven. — Ade-

mas, me parece que estais con M. de Lerne, despues de vuestro duelo, en una situacion que os obliga para con él á consideraciones particulares.

—Verdad es; pero ¿cómo tener valor para arrancarme?.....

—Y á propósito—interrumpió ella— ¿cuál fué el motivo de este desafío? ¿se puede saber?

—¡Oh! nada..... ¡una simpleza!

—¿Una simpleza?..... ¿Qué simpleza?

—Una palabra ofensiva que me contaron que habia sido dicha por él.

—¡Ah!..... ¿Y qué palabra?..... ¿no quereis decírmela?..... ¿Preferis que yo la adivine?.....

—¿Es decir, que ya la sabeis?—dijo monsieur de Monthelin.

—¡Oh! ciertamente—dijo ella.

—Es una verdadera necedad, ¿no es cierto?

—¡No..... no tanto!

—De todas maneras, supongo que no es él quien os lo ha contado.

—Monsieur de Lerne tiene mucho honor para hacer tal cosa;—contestó Juana.

Viendo que la partida se volvia decididamente en contra suya, M. de Monthelin repitió aún algunas excusas y se despidió.

Por aquel proverbio persa: « hazte desear y te amarán », las visitas del Conde de Lerne eran generalmente estimadas por las damas como pequeñas fiestas, muy halagadoras para las que eran favorecidas con ellas.

Su gracia personal, sus talentos y hasta la opinion que tenian de sus malas costumbres, hacian de él un personaje particularmente interesante. Fué, pues, para madame de Maurescamp una verdadera contrariedad pensar en que su primera visita habia encontrado tan poco agrado en su casa, y sobre todo, que habia visto á monsieur de Monthelin instalado allí como si gozára de una intimidad casi comprometedora.

Sin saber todavía de qué manera podria

explicarse con M. de Lerne sobre un objeto tan delicado, esperó, sin embargo, con impaciencia el miércoles siguiente, en cuyo día contaba encontrarle en la recepción de su madre. Mas al llegar á casa de la Condesa tuvo el disgusto de saber que Santiago tenía un fuerte dolor de cabeza y que se había acostado. Con razón ó sin ella, la jóven creyó ver en esta circunstancia una prueba de desden, ó por lo ménos, de mal humor para con ella. La estimacion de este jóven, de vida tan poco ejemplar, habia llegado á serle de pronto tan esencial, que la idea de dejarle por un tiempo indefinido bajo una impresion desfavorable respecto á ella, le pareció insoportable. En caso necesario, Juana era mujer de resolucion; reunió, pues, todo su valor, y llamando aparte á la vieja Condesa:

—En verdad, querida señora—le dijo—que empiezo á creer que he desesperado muy pronto de la conversion de vuestro hijo..... Antes de ayer vino á mi casa, y como yo sé que él no es muy visitador, he

creido que tal vez tendria que hablarme de algo serio..... Quizá del gran asunto de su matrimonio. Por desgracia yo no estaba sola, lo siento mucho... sobre todo, si era un buen movimiento el que le llevaba.

—Nada más probable, hija mia..... Pero á Dios gracias, el mal no es irreparable, si quereis..... ¿Cuándo podria él tener el gusto de veros?

—¿Cuándo?—repitió Mme. de Maurescamp plegando la frente con aire de reflexion.....—Pues..... mañana, mañana por la noche, despues de comer..... Justamente mañana pienso quedarme en casa.

—Él lo sabrá, querida mia..... y estad segura de mi gratitud.

Madame de Maurescamp pasó todo el día siguiente arrepintiéndose amargamente del paso que habia dado, que M. de Lerne podia considerar como un avance. Si no venía, ¡qué mortificacion! Y si venía, ¿no creeria asistir á una cita? ¿No llegaria á figurarse que esta cuestion del matrimonio

era sólo un pretexto que servía para cubrir una provocacion descarada?

La noche llegó. Monsieur de Maurescamp, despues de jugar un rato con su hijo Roberto en el pequeño salon dorado de su mujer, salió, como tenía de costumbre, á fumar un cigarro en el boulevard. Juana continuó tocando febrilmente en el piano una serie de walses y mazurcas, mientras su hijo, vestido de blanco con cinturón azul, bailaba con su niñera inglesa y con *Toby*. Al sentir que la puerta se abría, volvióse bruscamente; era un criado:

— ¿ La señora Condesa recibe ?

— Sí..... ¿ Quién está ahí ?

— El señor Conde de Lerne.

— Hacedle pasar.

La jóven cogió al niño con las dos manos y lo besó; despues sentóse gravemente en una butaca, teniendo á su hijo en brazos, como las madonas tienen á su *bambino*.

Santiago de Lerne, al entrar, vió este

cuadro de santidad, que, á lo ménos Juana así lo esperaba, le demostraria que las circunstancias eran más sérias y más respetables de lo que él quizá estaria inclinado á suponer. Monsieur de Lerne no pareció, sin embargo, experimentar extrañeza ni disgusto, y se puso á acariciar el pequeño Roberto, como si hubiera venido expresamente para eso. Despues de algunos minutos, Mme. de Maurescamp tomó el partido de mandarlo á acostar, puesto que de nada le servia.

En el momento en que el niño acababa de salir, una fuerte ráfaga de viento sacudió las persianas del salon.

— ¡ Ah, Dios mio !— exclamó Juana;— ¿ escuchais ?..... Es una verdadera tempestad..... ¡ y está nevando, me parece !

— Nieva mucho— contestó M. de Lerne.— ¡ Se está muy á gusto junto al fuego con un tiempo así !

— ¡ Cuando os digo que sois un hombre muy casero !— exclamó Juana riendo.

— ¡ Hola, volvemos á la cuestion !.....

Pero, señora, decidme en resúmen, ¿por qué queréis casarme? Una idea tan bizarra no puede haber nacido de vos..... Si no comprendí mal la otra noche, fué mi madre quien os la sugirió.

—Sí, ciertamente.

—¡ Ah ! es mi madre ; ya lo sabía.

El jóven permaneció un rato pensativo, y añadió despues :

— Siento mucho no poder complacer á mi madre y complacerós á vos ; pero ya os lo he dicho ; no quiero casarme.

— Porque no existe en el mundo una mujer digna de vos, ¿ no quedamos en eso ?

— ¡ Por Dios, señora, permitidme algunas explicaciones !..... Ya sabéis que en materia de religion los que no practican son precisamente los más exigentes y los más austeros..... Para ellos nunca se hace bastante. Si yo creyese, os dicen, ya veríais cómo debe cumplirse..... yo haria esto y lo otro..... en fin, la perfeccion. Pues bien ; eso me pasa á mí en cuestion de ma-

trimonio..... Yo comprendo el matrimonio de una manera tal, que nadie me parece capaz de comprenderlo como yo..... y hé ahí por qué renuncio á él.

— Vamos, decidme, ¿ de qué manera lo comprendéis ?— preguntó la jóven con tono de ligera ironía.

— Os reiriais de mí si os lo dijera.

— No creo..... pero, en fin, probad.

— Pues bien, señora, para mí el matrimonio es el amor por excelencia..... Es posible que el amor en el matrimonio sea un sueño ; pero es el más bello de los sueños, y si alguna vez llega á realizarse, áun á medias, no debe existir nada más dulce ni más sublime en el mundo. Es el único que merece verdaderamente el nombre de amor, porque es el único á quien la idea religiosa mezcla algo de eterno..... El divorcio, de que se habla mucho hace poco tiempo, me disgusta sobre todo por eso ; porque arrebatada al matrimonio el sentimiento de lo infinito..... Este sentimiento puede ser una contrariedad para las almas vulgares ó mal

unidas; pero suponed dos seres que se han escogido ántes de unirse, que se conocen bien, que se comprenden, que se estiman, que se aman, en fin..... y pensad cuánto debe añadir á la dicha de su perfecta union la certeza de su extension infinita..... Es un camino lleno de encantos para los dos enamorados, camino que ellos ven con deleite perderse en un horizonte sin límite, y en el cual el cielo acaba por confundirse con la tierra..... ¿Os estoy fastidiando tal vez, señora?

Juana hizo con la cabeza una señal negativa.

—No me es posible concebir—añadió monsieur de Lerne—una existencia más hermosa y más completa que la de esos dos viajeros, la de esos dos amantes que son al mismo tiempo dos amigos. Puede decirse que su vida se halla duplicada. Son más vivos sus sentimientos, sus alegrías son mayores; sólo sus penas se encuentran aminoradas. Si son inteligentes, como supongo, aumenta aún su inteligencia. Si son buenos, se hacen mejores, por la es-

trecha union, por el cambio continuo de sus impresiones, por la tierna emulacion, por el deseo de no decaer en la estimacion mutua. En los revueltos y azarosos tiempos en que vivimos, hubiera imaginado yo con más encantos todavía esa union é intimidad sin igual entre dos seres generosos y delicados, apoyándose y fortificándose mutuamente para mantenerse á la vez con el corazon levantado y el gusto puro, para permanecer fieles á los antepasados, en lo que se refiere al honor, y á los antiguos maestros en lo que se refiere al arte; para admirar juntos lo que es eternamente bello, y despreciar lo que no lo es; para refugiarse en las alturas como en un arca; para hablar allí de todo lo que en estos momentos agita la mente ó el corazon de los hombres..... ¿qué más?..... para asociar sus creencias ó sus dudas..... para pensar juntos alguna vez en Dios..... para creer en él, para buscarle ó para llorarle.... ¡Ya veis, señora, que es un puro delirio!

La actitud de Juana miéntras estaba

escuchando á M. de Lerne era encantadora; inclinada un poco hácia delante, mirábale con sus hermosos ojos admirados, como si él hubiese hecho brotar á su vista una fuente de puras delicias, y sus labios se entreabrian como para beber.

Cuando hubo concluido de hablar, Santiago de Lerne vió á la jóven enjugar furtivamente una lágrima que resbalaba por su mejilla; y turbado él mismo, tuvo un movimiento irreflexivo de simpatía, y le tendió la mano.

Juana retiró suavemente la suya y tomó un aire grave.

—Perdonadme—dijo él;—yo creía que éramos buenos amigos....

—¡Todavía no!—murmuró ella.

—¿Desconfiais de mí?..... ¿Tengo acaso las apariencias de un hombre que os hace la córte?

—Cada uno tiene su manera—contestó ella sonriendo débilmente.

—Pues confesad que la mia sería muy singular.

Monsieur de Lerne se puso á jugar, con mano un poco febril, con los objetos que adornaban la mesa. Sus ojos se detuvieron en una fotografía del pequeño Roberto; la cogió y se puso á mirarla atentamente.

—¿Es bonito mi hijo, verdad?—preguntó la jóven.

—¡Encantador!..... Y decidme, ¿por qué lo tomasteis en vuestros brazos al entrar yo?

—¡No sé.... casualidad!

—No, no fué casualidad..... Quisisteis decirme: «Si venis aquí como amigo, enhorabuena..... Si venis como enamorado, ved mi respuesta.»

—Es verdad..... ¿No os parece buena?

—Seguramente no hay otra mejor—replicó Santiago, cuya voz temblaba ligeramente;—y si algo me admira—continuó diciendo con extraña animación—es que las mujeres que están amenazadas de caer no sean retenidas más á menudo por el recuerdo de sus hijos..... ¿Creen acaso que sus hijos no sabrán algun día, por las fra-

ses del mundo que llegarán á sus oídos, cuál ha sido su conducta ligera ó culpable?..... Y el hombre que no respeta á su madre, ¿qué podrá respetar en el mundo?..... Juntamente con el respeto á su madre, lo pierde todo..... todo se desmorona á sus ojos..... no hay mundo moral..... desde el instante en que no tiene fe en su madre, no tiene fe en nada..... Es una vida de desilusion y abatimiento. ¡Ah! si las mujeres pudieran ver lo que pasa en el corazón de un hijo desgraciado en el momento en que llega á saber..... á sospechar que su madre.....

Monsieur de Lerne se detuvo de pronto, y su voz se ahogó en un sollozo.....

Hizo un gesto de hombre incomodado de no poder dominar su emocion, volvió á un lado la cabeza y cubrióse los ojos con la mano.

Juana habia oido hablar, como todo el mundo, de la juventud muy alegre de la Condesa de Lerne. Comprendió lo que pasaba por su hijo.

Hubo un minuto de penoso silencio. Despues, Mme. de Maurescamp dejó bruscamente su butaca, adelantó dos pasos y tendió la mano al jóven.

Éste se habia levantado tambien: sus ojos se encontraron. Estrechó fuertemente la mano que ella le presentaba, la saludó y partió.

Despues de esta brusca partida, madame de Maurescamp permaneció un instante inmóvil; dió luégo algunos pasos inciertos por el salon, y se dejó caer sobre un confidente: sumergiósese en profunda meditacion, sosteniendo con una mano su hermosa cabeza morena y enjugando á ratos con la otra las lágrimas que rodaban lentamente de sus ojos. ¿Por qué lloraba? En la turbacion en que aquella escena la habia dejado, ella misma no hubiera sabido decirlo.

El sonido del timbre en el vestíbulo le hizo de pronto arrugar el ceño: un instante despues la puerta se abrió y un criado introdujo á M. de Monthelin.

— He sabido por Maurescamp que no ibais á salir esta noche—dijo— y me he atrevido.....

— Os lo agradezco..... Sentaos junto al fuego.

Una mirada habia bastado á Mr. de Monthelin para comprender que Juana acababa de llorar. No era la primera vez de su vida que sorprendia señales de llanto en una mujer jóven abandonada por su marido, y estaba acostumbrado á sacar, no sin razon, un augurio favorable á sus pretensiones. Precisamente por aquel tiempo el Baron de Maurescamp, dejando el cuerpo de baile, habia empezado á tener relaciones con una artista ecuestre, Diana Grey, americana, cuya aparicion en el Circo de Invierno habia sido uno de los acontecimientos del año; veíasela desde hacía unos dias guiando una pareja de caballos negros cuya procedencia nadie ignoraba. Monsieur de Monthelin juzgó que esa circunstancia no dejaba de tener alguna relacion secreta con las disposiciones melancólicas

en que encontraba á Mme. de Maurescamp.

El mote grotesco con que Santiago de Lerne habia adornado á M. de Monthelin, ha podido quizá arrojar sobre este personaje, á los ojos del lector, un tinte ridículo que no correspondia en manera alguna á la realidad. Era en verdad un seductor terrible y peligroso. Tenía para con las mujeres el prestigio singular que da á los hombres el haber sido muy favorecidos de las damas, y les parecia más honroso ser deshonradas por él que serlo por otro cualquiera. Era de buena figura, de fisonomía enérgica y valiente. Sin poderse decir de él que tenía gran inteligencia, á fuerza de aplicacion y de gusto por su oficio habia llegado á adquirir una habilidad especial para adivinar las ocasiones y aprovecharlas. Sabía mejor que nadie que había en la vida de las mujeres horas de enervamiento y de depresion moral, horas, por decirlo así, indefensas, en las cuales un hombre penetrante y atrevido puede sacar terribles ven-

tajas. De esta manera se explica que mujeres muy distinguidas sean algunas veces presas de la más vulgar galantería.

Monsieur de Monthelin, en su sábia estrategia al rededor de Mme. de Maurescamp, esperaba desde hacía mucho tiempo esa hora fatal con paciencia y asiduidad felinas: en aquella ocasion creyó que habia llegado ya. Despues de algunos minutos de una conversacion banal que Mme. de Maurescamp sostenia con aire distraido y cierta languidez, acercó él su silla al confidente en que ella estaba reclinada.

— Apénas me escuchais — dijo ; — ¿ qué teneis ?

— Nada.

— ¿ Habeis llorado ?

— Es posible.

— ¿ No soy yo un amigo bastante antiguo para recibir la confidencia de vuestras penas ?

— Yo no tengo penas..... ¡ Qué sé yo lo que tengo !.....

Él la cogió suavemente las manos y se

acercó más á ella, mirándola fijamente en los ojos.

— Mi pobre niña — dijo á media voz — ¡ si supierais cuánto os amo !

La jóven sintió que el brazo de M. de Monthelin la enlazaba. Parecia como que despertaba de un sueño; irguióse, y rechazándole bruscamente:

— ¡ Ah, mi pobre señor — exclamó — si supieseis qué inoportunamente venis !

No habia posibilidad de engañarse sobre el acento de su voz y la expresion de su fisonomía: el sentimiento que la animaba era el del más frio y severo desden. Monsieur de Monthelin tuvo que reconocer que su olfato le habia engañado aquella vez. No le quedaba más recurso que hacer una retirada honrosa.

— Me parece — dijo con altivez — que el Conde de Lerne ha salido hace poco de aquí..... ¡ Vamos, es que toma la revancha !..... ¡ es un golpe de buena guerra !

Cogió su sombrero, hizo un profundo saludo y se dirigió á la puerta.

Juana, así que estuvo sola, se dió cuenta del peligro real que casi inconscientemente habia corrido. Entónces comprendió que algunos días, quizá sólo algunas horas ántes, hubiera podido llegar á ser, sin amor, sin amistad, sin excusa, sólo por abandono de sí misma, sólo por abatimiento moral, la víctima inerte y estúpida de un necio libertino. Sintió cuán cerca habia estado de ese abismo de miseria, y cuán lejos estaba ya. Comprendió que las lágrimas que acababa de verter eran lágrimas de dicha. Sintió en el fondo de su alma una especie de transporte, separó de su frente con ambas manos la masa espesa de sus cabellos, y murmuró:

—¡ Estoy salvada!

VII.

Casi consideramos inútil decir á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, que desde aquella noche, y sin más explicacion, se estableció un trato frecuente y cada vez más íntimo entre Juana de Maurescamp y Santiago de Lerne.

Juana entró en una nueva fase de su vida, y esta fase le pareció deliciosa. Sentíase renacer; encontraba de nuevo las ilusiones, las creencias, los entusiasmos de sus primeros años; volvía á encontrar sus alas. Nada podía desear tan dulce como aquel sentimiento que la unia ya para siempre á M. de Lerne, y que tanta semejanza tenía con sus más encantadores sueños. Sus dos almas se tocaban en cierto modo, por puntos tan delicados y tan sensibles, que quedaban como imantadas. Bien pronto fué evidente para ella que Santiago, como